EL HIJO

A Joaquín Zapata Vela

Por Tomás MOJARRO

Dibujos de Juan SORIANO

UNA ESPIGA de luna se atoró en sus cabellos; luego una nube cerró la rendija de la puerta y el cuarto se anocheció de nuevo. Pero al rato se resbaló la nube y la luz de la luna volvió a retoñar en sus ojos. Por eso él los cerró todo lo posible para que no se le retirara el sueño. El sueño es como los caballos pajareros que con cualquier ruidito se espantan; se va uno quedando dormido, cuando se pone a ladrar el perro de don Santos, el viejito que agoniza en la casa de junto, o se oyen pisadas en el empedrado de la calle. Eso es suficiente para que todo se vaya en vueltas y vueltas sobre el petate, desenterrando con las uñas tantas comezones como siembran en la noche las chinches y los piojos.

Otras veces él se queda dormido desde muy temprano, con su cansancio, encogido de piernas sobre el frío, en medio de los ruidos y las comezones; esto de desvelarse comenzó hace apenas unos días.

"—Dígame, papá. ¿Por qué no me dice dónde está ella?

—Porque ni yo mismo sé para dónde se largó. No quise saberlo. De cualquier manera ya no va a regresar nunca. Ya nunca la vamos a ver en esta casa.

—Es que a mí me hubiera gustado irme con ella...

—¡Cállese! Su madre nunca volverá. ¿Me oyó? Y en esta casa no quiero oir que se la miente para nada. Así que olvídese que tuvo madre, si no quiere que lo castigue."

Con el viento se inclinan las ramas del temachaco. Arañan la puerta como tratando de abrirla desde afuera. Cuando el viento se apacigua levanta sus olas el ruido del río. Ronco lo mismo que si saliera de un pozo.

Esta noche los piojos andan alborotados.

"—Tía, ¿por qué no me lava mis calzones? Ya no aguanto este piojero, tía. Mi mamá me espulgaba recargado en sus enaguas cada vez que sentía comezón en la cabeza."

Ahora le huelen las manos a yerba. Las manos y el sombrero; hasta los trapos, todo huele a yerba por tanta que ha cortado para darles de tragar a los animales encerrados en el corral. Esa es la causa de estos manchones verdes en los dedos, en las uñas, en la manta de la camisa.

"—¿Qué horas son éstas de llegar a la casa...?

—Es que el zacate está muy escaso y muy lejos del pueblo. Ya casi no se encuentra por tanto manojo que hemos cortado los Duranes y yo.

—¡Cállate, embustero! Mejor dime que te pusiste a jugar con ellos en vez de trabajar.

—No, tía. Si yo hago todo lo que puedo...

—Bueno, duérmete. No creas que a estas horas me voy a poner a darte de cenar.

—Deme siquiera unas tortillas... Mi mamá siempre me las daba por mucho que me entretuviera. Y entonces sí era por andar jugando en la esquina de los matanceros.

—Por eso es que te criaste como te vino en gana. Cómo no, si ella no es más que una cazuela manchada de tizne, toda copeteada de malas costumbres. Por eso mi hermano, el pobre de mi hermano, está como está. Ella con su maldad enyerbó hasta el aire de esta casa. Hasta que él se hizo el ánimo de tirar a la calle semejante basura...

—No, tía. Mi mamá no es una basura, como usted dice.

—¿Pero tú qué entiendes de la vida? Tú sólo eres un mocoso aturdido que no puede comprender estas cosas."

El viento columpia sus cuentos en los nidos de las calandrias.

"—¿Y luego, mamá...?

—Y luego el príncipe se fue camine y camine por un caminito sembrado de amapolas de todos colores y rosas de castilla que despertaban cantándole a las estrellas.

Se fue camine y camine días y días, noches y noches, siempre hacia el rumbo donde sale la luna, blanca de luz y lisita como acabada de planchar, como recién almidonada.

Y el príncipe lloraba, y a cuanto pájaro encontró en su camino se ponía a preguntarle, todo lleno de lágrimas:

Pajarito, pajarito, dime por favor
Si has visto a la reina, dueña de mi amor...

Pero la reina estaba muerta, encerrada en su palacio de oro y diamantes..."

—¿Y en aquel palacio había miel y elotes?

Contésteme, mamá. Allá donde usted está, donde quiera que sea, ¿hay pencas de miel y jarros de leche? Deme de comer, mamá. Esta noche tengo tanta hambre como nunca me imaginaba que se llegara a tener. Dice mi tía que yo no pienso más que en la comida, y me retuerce las orejas hasta dejármelas calientes y coloradas. Luego me manda a cortar yerba y no me da de comer hasta que haya traído tanta que ajuste para todos los animales. Y los animales son muy tragones; nunca tienen la panza llena. Si viera mamá... tragan y tragan lo que yo tuve que traerles para fin de tragar yo. ¿Sabe una cosa? Cuando oigo cantar a las huilotas hormigueras me acuerdo de usted. También cuando miro las nubes y los ojos de agua, tan limpios y frescos, brillosos como sus cabellos, mamá. Corre el agua contando los cuentos que usted le enseñó. Mamá, yo no creo que usted sea mala. Usted no puede ser basura, como dice mi tía. El viento viene desde donde usted está. Llega oloroso a jarales y a flor de vara amarilla.

¿Por qué no puedo volar, hacerme hilito de aire que busca el aroma de su blusa azul?, mamá.

Si viera cómo creció el río anoche... Tanto que ahora le tengo miedo. Ancho y hondo. Más ronco, más fuerte y más largo que los sermones del señor cura. El río habla de usted aunque mi papá no quiera oírlo, aunque se enoje porque se la recuerden. Ahorita mismo está hablando de usted, con usted, la que en la mañana besa capullos para que se abran flores; la que con su boca alimenta cenzontes para enseñarles a cantar.

¿En dónde está ahora, mamá? Contésteme. ¿Por qué no me contesta, mamacita?

—¡Cállese! ¿Cuándo nos va a dejar dormir tranquilos a su tía y a mí? Ya está grandecito para que se suelte llorando a media noche.

—Sí, hermano, haces bien. Tu hijo no entiende con palabras. Solamente a varazos va a escarmentar.

—Papá, ya no me pegue. No lo hice a propósito. Es que estaba soñando. Ya déjeme, papá, por vida suyita...

—Sí, hermano, castígalo. A ver si así deja de desobedecerte. ¡Mira que hasta en sueños hablarle a gritos a la suciedad esa que fue tu mujer! Ahora vámonos, que este aire me da escalofrío. "Dios mío —pensó estremeciéndose— ¿Qué se sentirá que lloren por una?"

El perro de don Santos ha vuelto con sus aullidos. Largos, insinuantes como pálidas serpentinas lanzadas al paso de la muerte. Las ramas del temachaco golpean la puerta; golpes que suenan igual que aletazos de gallina degollada.

El sueño se asusta y huye por cualquier motivo: por el ruido de unas pisadas, por el ladrar de un perro, por las dolencias y la pena de un niño que en la oscuridad se palpa la piel dolorida bajo los calzones mientras se limpia la nariz con la falda de la camisa.

—Papá, ¿por qué esta vez no hubo música? Deberían de haber traído la de Apozol. ¿No cree?

—¿Para que le tocara a don Santos? No, hijo, este es un entierro de gente grande, no de un angelito. Sólo entonces hay música y cohetes.

—Oiga, papá. ¿No oyó anoche cuánto ladrido de perro? Y más el de don San-

tos . . . Yo creo que miraba a la güesuda cuando se iba metiendo al cuarto del enfermo ¿No cree, papá?

—Sí, claro. Pero no se quede atrás. Mire, ya están abriendo la puerta del camposanto.

—Fíjese que los perros pueden mirar lo mismo a la muerte que a los aparecidos. Por eso es que aúllan tan asustados. Dizque una vez un cristiano se untó en los ojos lagañas de perro no más por ver lo que ellos miraban. ¿Y sabe lo que sucedió? Que del puro miedo se volvió loco y nadie pude hacerle decir lo que había visto.

—Bueno, ya cállese. Mire, el señor cura está rociando la sepultura con agua bendita. Hínquese lo más cerca de él, a ver si le alcanzan a caer algunas gotas. Rece conmigo: las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz . . .

¡Así sea!

Papá ¿por qué no me lleva a ver el güesario? Dicen que hay muchas calaveras. Quisiera verlas.

—No. Luego se pone todo nervioso y en la noche va a empezar con sus gritos por causa de las pesadillas.

—Pero es que lo de anoche no fue pesadilla. Al contrario, soñé algo muy bonito . . . que había venido mi mamá y . . .

—¡Cállese! No le digo, ya me volvió a desobedecer. Véngase, vamos a ver las sepulturas.

Así es el camposanto. Paredes medio derrumbadas, en olor de osamenta. Soportes de adobe como sarcófagos campestres. Mezquite chorreado de cera y escapularios, mezquite "descanso" de los tapeixtes. El viento cambia de voz para cruzar entre el óxido del cancel o las espinas del toloache.

—Mire, hijo. Aquí está enterrado un capitán de cuando la revolución de Madero. Lo vinieron matando en El Refugio cuando tomó posesión del pueblo un tal mayor Méndez. "Tu valor te trajo a esta tumba fría" . . . Ya casi no se distinguen las letras.

—Mire de aquel lado, qué bonita capilla . . .

—Sí, es el catafalco de la familia Macías, por mal nombre los Iscariotes. Lo compraron a perpetuidad, con el dinero de su oficio. Prestan con el veinte por ciento de rédito.

Camposanto donde los muertos continúan la novelería que en el pueblo habían interrumpido para morirse.

—Por acá, hijo. No se vaya a caer a alguna fosa. Mire, en medio de esa tacotera viene quedando la sepultura de mi madre. Vamos a rezarle un Padrenuestro. ¡Desde cuándo no la visito! Desde que la traje a sepultar, hace unos seis años . . .

El aire hurga en la tacotera. De entre las hojas vuelan, cargados de polvo, unos silbidos agrios, como los de una flauta desmolada.

—Ni el rastro quedó de la sepultura. Hínquese, hijo, y rece un Padrenuestro por el eterno descanso de su abuela. Vamos, a que no se acuerda ni cómo era su abuelita . . .

—No, yo estaba muy chiquillo.

—Ella era así de bajita, me acuerdo muy bien. Siempre enferma de sus piernas, la pobre, por causa de las reumas.

En tiempo de aguas se empeoraba a tal grado que entonces no podía dar paso. Luego me mandaba llamar para que le hiciera compañía un rato . . . Y yo me hacía el perdedizo para no tener que aburrirme con mi madre, en aquella que fue

su casa y que yo vendí en cuanto la vi desocupada. ¿Se acuerda? Allá por el barrio de arriba.

—Sí, apenas me acuerdo. Había muchas guayabas podridas en el suelo. Había también mucha mierda de pollo regada en el patio.

—Aquella casa olía a ruda. También el rebozo de mi madre. Creo que hasta su alma y sus palabras olían a ruda, que de un modo tan amargoso me hacían tanto bien.

(Aquel gavilancillo cruzó por sobre la tacotera y se hizo lunar en el pecho lila de la tarde. El viento continúa estampando su polvo sobre todas las cosas. Siquiera lloviznara . . . el río baja crecido porque llueve allá para Tepizuasco. Pero aquí nada, ni unas gotas. Las milpitas se orean, se vuelven amarillas. Hojas terrosas como la piel de don Santos . . . Un poco de lluvia, San Isidro Labrador . . .)

—Fieles difuntos, por la misericordia de Dios . . . No se ponga triste, papá. Mejor vamos rezando los dos . . .

—Cuando usted se me enfermó de difteria se vio muy malo. Ya lo dábamos por muerto. Entonces fue mi madre a ayudarnos con la enfermedad. Parecía un ovillo, hecha bolita junto a la cama. Parecía un montoncito de carne seca, empapada de ruda. Desde el filo del rebozo me veían sus ojos; entonces sabía yo que tenía algún olor el aliento que enderezaba mi cuerpo . . . Si viera usted la pila de remedios que sabía preparar . . . Y uno de esos remedios, yerba y raíces apolilladas, fue el que hizo el milagro de salvarle la vida a mi hijo. Pero ahora ya está aquí debajo de nuestras rodillas . . . Muerta la que hizo venir a mi hijo . . . Cuando uno se da cuenta de que la ha perdido, de que ya no la tenemos junto a nuestra necesidad, al principio ni lo quiere uno creer . . . Se figura muy débil la vista para que uno lo crea . . . dice uno; no es cierto . . . sólo lo estoy viendo, no lo creo. Pero así es. Allí está la casa, perdido su olor en manos desconocidas. Aquí estamos con la boca amarga y la cara rabiosa, jalándonos entre todos la gallina que ella crió antes de morirse . . . Entonces así empieza uno a creer que de veras ya no está con nosotros . . .

—Ya vámonos, papá. ¿Sabe? oyéndolo a usted me acuerdo de ella, de mi mamá. Y no quiero que se vaya usted a enojar, porque luego me vengan estos chillidos . . . Andele, papá, que todavía tengo que cortar mucha yerba . . .

A esta hora la sombra del chicalote se hace tenue, delgada. Es una sombra larga, larguísima, que se arrastra por el suelo y trepa hasta escaparse por uno de los fortines en la pared del camposanto. Fortines de cuando la "bola".

—Me acuerdo que a los pocos días de muerta todavía entraba yo a su casa a cualquier hora de la noche. Entonces me ponía a llamarla: —¡Dónde estás, madre! Dios mío, las ganas de que se me apareciera mi madre. Pero mis palabras sonaban como piedras arrojadas en medio del silencio. Lo rompían, lo retiraban en oleadas para luego volver a llenarse de él toda la casa, como antes estaba. Un silencio duro, macizo, al que ruñían los grillos y las cucarachas. Entonces . . . Madre, ¿qué es de ti, ahora, madre . . .?

—Ya, papá. ¿No le digo? Nunca lo había visto así. También usted puede llorar como yo cuando . . .

El ocote de las cruces se aureolea de rojo. El sol desgarra nubes como vírgenes. ¿En qué rancho maldito estará cayendo todo aquel fuego? ¡Bajíos en el cielo, barbechos inundados de sangre! (¿Quién se había dado cuenta que en una de las ramas de este mezquite, de este "descanso" de los tapeixtes, había un nido de cenzontles?)

—No, papá, ya no llore. ¿Qué se gana con eso? Yo también lloro mucho por mi mamá, y nada gano con eso. No, papacito, levántese. Si viera cómo se está llenando la cara de tierra . . . A usted lo emborrachó el recuerdo. Lo bueno es que cuando usted llora no hay quien se enoje por eso; no hay tías que lo golpeen y le cuenten que su madre fue una basura. ¡Qué a gusto llorar así!

Mire, ya está oscureciendo . . .

¿A qué hora nos vamos? En la casa, hay un lugar donde uno puede llorar a gusto, sin que nadie se de cuenta. Yo lo descubrí hace unos días, cuando se fue mi mamá. Pero ahora vámonos, que trae la cara toda llena de tierra. Mire, mire no más cuánta espina de huizapol se le encajó cerca de los ojos . . .